

El reto del nuevo siglo: la cultura global de la violencia y el terror o una nueva ética mundial social y humana

Por Samuel SOSA FUENTES*

El problema fundamental para los Estados Unidos en la era postsoviética es saber si es posible redescubrir nuestra identidad y nuestras responsabilidades mutuas, sin necesidad de crear un nuevo adversario. La respuesta está lejos de ser clara.

Robert B. Reich,
El trabajo de las naciones

Pero en nombre de la justicia y bajo el singular y extraño título de Justicia Infinita no se debe utilizar a la tragedia para iniciar irresponsablemente una guerra que en realidad podría convertirse en una matanza infinita.

Fidel Castro

1 Introducción

EN JUNIO DEL AÑO 2000 advertíamos de manera optimista en un ensayo sobre la globalización y la identidad cultural que

el gran tema y el reto del siglo XXI era cómo construir una sociedad planetaria que, más allá de nuestro destino común, cada vez más interconectado, reconozca en la práctica política y social el derecho a la diversidad y posea los recursos institucionales y culturales para manejar ésta como riqueza común de la humanidad en un clima de pluralismo, tolerancia y respeto a la diferencia y al diálogo. En suma, el siglo XX fue el siglo del consumo enajenante, de las grandes guerras, del holocausto, de la intolerancia; mientras que el siglo XXI sería el siglo de la cultura.¹

* Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

¹ Samuel Sosa Fuentes, "Globalización e identidad cultural", *Kaos Internacional Revista Independiente de Análisis Internacional* (México), año II, vol. II, núm. 9 (abril-junio del 2000), p. 27

Sin embargo, a un año de distancia de los trágicos e injustificables sucesos ocurridos en Nueva York, Washington y Pennsylvania el martes 11 de septiembre del 2001, y las consecuencias y hechos que se han derivado de tales actos, resulta imprescindible reflexionar sobre el destino del planeta, de la humanidad, de la cultura y la ética mundial; pero sobre todo, discernir sobre la violencia y el terror global y la intolerancia y maniqueísmo con que quieren interpretarse estos hechos en las relaciones internacionales: todo ello para saber si el futuro del mundo será el caos, la ingobernabilidad y la imposición de una cultura basada en la arrogancia del poder u otro diferente de tolerancia, de paz y más humano.

En este sentido, agradecemos profundamente el interés y la oportunidad que nos brinda la prestigiosa y reconocida revista *Cuadernos Americanos*, para reflexionar sobre la primera gran crisis global del nuevo siglo y el cambio de un proceso civilizatorio en donde lo que está en juego es el futuro humano del planeta.

De entrada, nada ni nadie podrá justificar la hecatombe y el crimen sin nombre de varios miles de civiles inocentes llevado a cabo por la atroz acción terrorista en Estados Unidos. No existe argumento alguno en el mundo que justifique privar de la vida a un solo ser humano inocente. Pero también, los lamentables hechos del 11 de septiembre nos confrontaron de lleno con una realidad brutal: una parte de la humanidad ha escogido la violencia terrorista como forma privilegiada de relacionarse con sus iguales. El terror pasa al plano principal, al escenario central, y sepulta al diálogo, a la política, a la tolerancia y al proceso civilizatorio, lo mismo que a su cultura y ética mundial.

De esta manera, nuestra intención en el presente trabajo es hacer una reflexión crítica sobre los hechos ocurridos aquel 11 de septiembre del 2001 y sus consecuencias globales en tres niveles de apreciación.

En primer lugar, ¿cómo entender y comprender, desde una visión histórica y totalizadora, los sucesos del 11 de septiembre en Estados Unidos? Un buen comienzo crítico sería preguntarse: ¿por qué sucedió esto? En efecto, lo fundamental y significativo ahora no es buscar quién fue el responsable sino cuáles han sido o son las causas que originan este tipo de actos demenciales. ¿Qué los provoca? ¿Por qué se manifiestan así? En última instancia, ¿qué es el terrorismo?

Una segunda reflexión general sería: ¿por qué en Estados Unidos? ¿Por qué fueron atacados objetivos tan específicos y simbólicos como la esencia misma del American Way of Life y el American Power? Por último, ¿qué siguió después del 11 de septiembre? ¿A dónde vamos?

¿Barbarie o civilización? ¿Tolerancia y respeto a los otros o aniquilar a los diferentes?

2. *El terrorismo*

Hoy día, la crisis múltiple y generalizada del planeta y de la humanidad está representada por el calentamiento global de la tierra y la ruptura de la capa de ozono; por mares y océanos altamente contaminados, por el hundimiento de barcos cisterna petroleros; por la presencia de la fiebre aftosa y el mal de las vacas locas en varias regiones del mundo; por la violencia política extrema en Irlanda, España y muchos otros países del Medio Oriente; por el tráfico de armas, drogas, materiales radioactivos, órganos humanos; por migraciones ilegales, refugiados, contrabando y prostitución infantil; por el aumento de las tasas de desempleo y pobreza mundial extrema; por la inflación y recesión económica; por la amenaza del uso de armas bacteriológicas y químicas; por los efectos colaterales dañinos que provoca el uso de nuevas tecnologías, entre ellos los virus cibernéticos que paralizan las redes mundiales de comunicación, entre muchos otros fenómenos. Por todo ello el fundamentalismo y el terrorismo internacional han cobrado súbita relevancia, al grado que se han convertido problemas igualmente planetarios.

En efecto, el pasado recobra actualidad. Los secuestros de aeronaves y la explosión de los mismos, los atentados dinamiteros contra embajadas y bases militares, los atentados contra diplomáticos y contra hombres y mujeres del poder político, los ataques a centros comerciales, sociales, de culto religioso y lugares de concentración pública masiva como restaurantes, mercados, estaciones de ferrocarril, autobuses, metro y aeropuertos, se convirtieron, de pronto, en algo habitual de las noticias y la vida y cultura cotidianas del mundo en que vivimos. Sin embargo, al hablar del terrorismo muy a menudo este fenómeno social contemporáneo ha sido objeto de acusaciones *a priori* por parte de los países industrializados —y en particular Estados Unidos—, así como de señalamientos y condenas unilaterales y explicaciones de orden moral en lugar de ser analizado objetivamente; cayendo, por lo tanto, en posiciones tendientes a justificar el uso y el monopolio de la violencia y la fuerza, una práctica que ellos mismos condenan y califican como actos terroristas. Noam Chomsky explica al respecto que si bien existe una “definición oficial de terrorismo en los documentos oficiales estadounidenses que lo considera como el uso calculado de la violencia o de la amenaza de la violencia para lograr

objetivos políticos o religiosos a través de la intimidación, la coerción o la provocación infundiendo miedo”,² resulta difícil que esta definición sea aceptada, toda vez que trae consecuencias y resultados contrarios para Estados Unidos, ya que “si se lanza un vistazo a la definición de guerra de baja intensidad, que es una política oficial de Estados Unidos, se ve que es una paráfrasis muy próxima a la oficial estadounidense de terrorismo. En realidad —concluye Chomsky—, una guerra de baja intensidad es simplemente otro nombre para el terrorismo”.³

Por ello, el terrorismo no es un fenómeno simple ubicado del lado de “los malos” o de “los demonios del mal”, como suele afirmarse en el mundo occidental —particularmente en Estados Unidos. De ser así, se impone la pregunta: ¿quién es y quién no es terrorista? Las respuestas obviamente no son unívocas, ya que, por ejemplo, en la práctica política internacional, para los ciudadanos leales del Ulster todo tipo de violencia por parte del Ejército Republicano Irlandés (ERI) es terrorismo; sin embargo, para los militantes del Sinn Fein forma parte de una guerra legítima. Lo mismo sucede en el caso del Medio Oriente, ya que para Israel los ataques suicidas en Jerusalén o los comandos de ataque del Hezbollah en el sur de Líbano son simplemente actos terroristas, mientras que para la mayoría de los países árabes y del pueblo palestino en particular, la guerra del Líbano de 1982, los bombardeos en Cisjordania y Belén ordenados por Ariel Sharon y la reciente masacre en Jenín llevada a cabo por Israel, los peores terroristas en Oriente Medio son los miembros de las invasoras Fuerzas de Defensa Israelí. Los ejemplos pueden seguir, y así el Departamento de Estado de Estados Unidos ha elaborado recientemente una lista con 28 organizaciones terroristas internacionales en donde el gobierno de Cuba, el Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru del Perú constituyen grupos terroristas que amenazan su seguridad nacional,⁴ pero para un amplio sector del pueblo colombiano y peruano se trata de organizaciones legítimas envueltas en una guerra reconocida y, por lo tanto, la guerrilla constituye para ellos una opción real de cambio. Luego entonces y de nueva cuenta ¿quiénes son los terroristas? La mejor respuesta no la podemos encontrar señalando quién sí o quién no, sino realizando un análisis de las causas que originan el terrorismo como expresión de la política.

² Noam Chomsky, *11/09/2001*, México, Océano, 2001, p. 96

³ Noam Chomsky “La nueva guerra contra el terrorismo”, en Varios, *Afganistán guerra, terrorismo y seguridad internacional en el siglo XXI*, México, Quimara, 2002, p. 159

⁴ Chomsky, *11/09/2001* [n 2] p. 132

El terrorismo surge y se explica por causas de índole económica, política, cultural y religiosa en las relaciones internacionales. El terrorismo es ante todo producto de las injustas y desiguales relaciones económicas internacionales que hoy día ha impuesto la globalización de la economía mundial; de las formas de neocolonialismo y control social de las poblaciones; de intervenciones directas o encubiertas y ocupaciones militares extranjeras en los países pobres; es resultado de la explotación global y opresión económica de las sociedades menos desarrolladas; de ideologías fundamentalistas del libre mercado y de la imposición de políticas económicas y sociales de corte neoliberal; de la imposición de una cultura occidental de tendencias universalistas e imperiales sobre el mundo; en fin, es resultado de proyectos hegemónicos globales impuestos, en algunas ocasiones por la vía política, pero muchas otras a través de la fuerza militar. En este proceso de dominación e imposición planetaria, Estados Unidos ha tenido un papel históricamente central y protagónico.

En efecto, después del 11 de septiembre de 2001 el gobierno y la sociedad de Estados Unidos deberán entender que un proceso civilizatorio mundial nunca podrá realizarse por medio de la imposición de una cultura homogeneizadora de pretensiones universales sobre las diversas culturas e identidades nacionales. En lo económico, el proyecto civilizatorio tampoco podrá ser impuesto mediante una globalización asimétrica que sólo ha aumentado en progresión geométrica los índices de pobreza y desempleo mundial y ha impulsado a una megaconcentración de la riqueza en beneficio de unos pocos. Una globalización que, como advierte acertadamente Horacio Labastida,

se corresponde con la lógica de un capitalismo que halló vigorosas formas de concentración en las dos últimas guerras mundiales. La economía militarizada hizo posible, al mismo tiempo, la purgación de las crisis que afectaban al mundo y el aumento ilimitado de ganancias que cayeron en las manos de las élites superacaudaladas. Además, la necesidad de reproducir las utilidades y garantizar el *status* privilegiado de tales élites conduce a las empresas multinacionales, comprendidas las financieras, a quebrantar soberanías y asegurar que sus negocios amplíen ventajas al usar mano de obra barata y recursos naturales ajenos, sin importar el bienestar de las sociedades que resultan así superexplotadas, dando lugar a un proceso de globalización que empobrece a los más y enriquece a los menos. Pero tal panorama no nace del desenvolvimiento sencillo y natural de las cosas, sino de la supeditación de naciones enteras a los intereses económicos del capitalismo, representado en lo político por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica. La resistencia a la imposición causa las explosiones

tensionales que agobian a quienes sufren avasallamiento, miseria y humillación sin solución de continuidad. Y como en el devenir humano hay un juego dialéctico de acciones y reacciones, resulta que los abatidos buscan salir de su postración por todos los medios a su alcance. Entonces el choque es inevitable si los vejadores no dejan de expoliar a los vejados. En el grado y medida en que la globalización se afirma como verdad absoluta, en ese grado y medida fructificarán el terrorismo, las guerras, la pobreza de las gentes y la oculta provocación que la autoridad suele poner en práctica para defender el montaje de una economía guerrera y escapar de sus propias debilidades económicas.⁵

En suma, la creciente exclusión de las mayorías en el mundo, aunque amparada en la retórica de la libertad, la democracia y el libre mercado, favorece extraordinariamente el surgimiento de actitudes, formas y maneras de resistencia extremas, y que se obvie a la política como vía de expresión. Es ahí donde la desesperanza y desesperación alimentan actitudes que pueden llegar hasta insólitas acciones suicidas y actos atroces como los de Nueva York y Washington. Dicho de otra forma, el hambre, la pobreza y la exclusión de las mayorías por obra de unos pocos países y unos cuantos grupos privilegiados nacionales propician históricamente acciones de violencia extrema. Paralelamente a esto, prácticas como la tortura, la desaparición, las masacres, las guerras sucias, los bombardeos a zonas urbanas pobladas por civiles, el desplazamiento de miles de personas por la violencia oficial, el destierro, el exilio obligado, los asesinatos y ejecuciones de líderes populares y opositores a manos de las fuerzas de seguridad del Estado hegemónico o autoritario, constituyen para muchos la otra versión del verdadero terrorismo del fin del siglo xx y principios del siglo xxi: el terrorismo de Estado.

Así las cosas, la explicación de lo ocurrido el 11 de septiembre en Estados Unidos no se encuentra, como algunos quieren hacer creer, en “el choque de las civilizaciones”;⁶ éstas en todo caso y en última instancia

son palabras de moda, pero no tienen mucho sentido. Revisemos brevemente cierta historia conocida. El Estado islámico más poblado es Indonesia, favorito de Estados Unidos desde que Suharto tomó el poder en 1965. Entre tanto, masacres dirigidas por el ejército — con ayuda de Estados Unidos— liquidaban a cientos de miles de personas, la mayoría campesinos sin tierras, en medio de un brote de euforia de Occidente. Hecho tan bochornoso que

⁵ Horacio Labastida, *La Jornada*, 14 de septiembre del 2001, p. 39.

⁶ Samuel Huntington. “¿Choque de civilizaciones?”. *Foreign affairs en español* (México, ITAM), vol. 1, núm. 2 (verano 2001), p. 225.

Occidente casi ha conseguido borrar de la memoria. Suharto siguió siendo “uno de los nuestros”, según le llamaba la administración Clinton, conforme él acumulaba uno de los récords de matanzas, torturas y abusos más horribles de la historia de fines del siglo xx El Estado islámico más extremadamente fundamentalista talibanes aparte— es Arabia Saudí, protegido por Estados Unidos desde su fundación En los años ochenta, junto con los servicios de inteligencia paquistaníes (ayudados por Arabia Saudí, Inglaterra y otros), reclutaron, armaron y entrenaron a los fundamentalistas islámicos más radicales que pudieron encontrar, para hacer el mayor daño posible a los soviéticos en Afganistán. Como observa Simson Jenkins en el *Times* de Londres, esos esfuerzos “destruyeron a un régimen moderado para crear uno fanático, entre grupos temerariamente financiados por los estadounidenses” (la mayoría de los fondos eran probablemente saudíes). Uno de los beneficiarios indirectos fue Osama bin Laden. En los años ochenta, Estados Unidos y Reino Unido dieron fuerte apoyo a su amigo y aliado Saddam Hussein sin duda más secular, pero más alineado en el lado islámico del “choque”—, justo durante el periodo que cometió sus peores atrocidades, incluida la utilización de gases letales contra los kurdos y otras más. Sin necesidad de continuar, ¿dónde encontramos exactamente la división o choque de civilizaciones?⁷

Tampoco los sucesos del 11 de septiembre se explican por el derrumbe del “socialismo real”, o las connotaciones históricas de “tierra santa y/o guerra santa”, y mucho menos “el fin de las ideologías” o “el fin de la historia”. e encuentran en las formas de proceder de una cultura que se pretende universal y única; una cultura maniquea que condena todo ataque contra sí misma, pero tolera e impulsa la violencia contra poblaciones a las que se deja morir en guerras civiles o bajo la ocupación de “Ejércitos de Paz”, en intervenciones militares en aras de “la democracia y libertad occidentales”, en operaciones supuestamente “de ayuda humanitaria”; en fin, en la imposición de un modelo cultural de alcance planetario y hegemónico.

3. ¿Por qué en Estados Unidos?: el blowback o el efecto boomerang (quien siembra vientos, cosecha tempestades)

UNO de los rasgos característicos del desarrollo histórico-social de las relaciones internacionales contemporáneas ha sido y es la presencia y la actitud de una diplomacia de fuerza, siempre desestabilizadora en la política internacional, de los Estados Unidos de Norteamérica. La memoria histórica de los pueblos, gobiernos y países del mundo así lo

⁷ Chomsky, *11/09/2001* [n. 2], pp. 83 y 84

confirma: guerras de intervención militar, ocupaciones de territorios libres y soberanos, invasión de soberanías nacionales, penetración de inversiones extranjeras en condiciones de desigualdad, dependencia económica, poderosa influencia transcultural e identitaria, desestabilización política y social, golpes de Estado, relaciones comerciales y financieras desiguales, discriminación racial etcétera.⁸

Sin embargo, en los últimos treinta años

conforme se amplió e intensificó la diplomacia de fuerza, también aumentó la masa de agredidos, dispuestos a responder ante esa diplomacia, observándose la incapacidad estadounidense para controlar los efectos inesperados: las respuestas de corto, mediano o largo plazo de las víctimas, que en la jerga de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos se conoce como *blowback* (una suerte de efecto boomerang). Según Chalmers Johnson, el término *blowback* fue inventado por funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia para uso interno, y empezó a circular entre los estudiosos de las relaciones internacionales. Se refiere a las consecuencias no esperadas de operaciones que fueron mantenidas en secreto y sin que los estadounidenses se enteraran. Lo que la prensa diariamente califica como actos malignos, de “terrorismo” o “capos de la droga” o *rogue states*, o “mercaderes ilegales de armas” a menudo resultan ser *blowback* de operaciones estadounidenses realizadas anteriormente. Los ejemplos más notables de *blowback* ofrecidos por Johnson provienen de los operativos desplegados por Washington en el Medio Oriente, como el ataque terrorista de 1988 contra el vuelo 103 de Pan Am, que mató a 256 pasajeros y a 11 personas en tierra. Una respuesta, según Johnson, del ataque aéreo de Reagan en 1986 contra Libia que mató a la nuera de Kadafí. El *blowback* tiende a generar más *blowback* en una espiral de violencia.⁹

Así, el ejemplo más reciente de esta espiral de violencia lo ofrecen los ataques terroristas del 11 de septiembre, donde una gran parte de la opinión pública internacional e intelectual calificaron y etiquetaron a dichos actos terroristas como “un ataque a Occidente”; “un atentado contra la libertad y la democracia”; “una cobarde agresión al mundo libre y a la civilización”, así como “un ataque contra la humanidad”.

Sin embargo, quien mejor nos ubica en una interpretación objetiva —desde la perspectiva del *blowback*— de aquel martes negro, es la

⁸ Samuel Sosa Fuentes, “La política exterior de Reagan hacia Centroamérica”, *Relaciones Internacionales* (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM), vol. x, núm. 41 (enero-abril de 1988), p. 45.

⁹ John Saxe-Fernández, “Terrorismo de Estado y terrorismo internacional” *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 177 (enero-febrero de 2002), p. 75.

escritora norteamericana Susan Sontag cuando declaró al periódico francés *Le Monde* del 17 de septiembre del 2001, que

no se trató de una cobarde agresión contra la civilización, la libertad o la humanidad, ni contra el mundo libre, sino una agresión contra los Estados Unidos, superpotencia mundial autoproclamada; una agresión que es la consecuencia de ciertas acciones de ciertos intereses norteamericanos. Los dirigentes estadounidenses —continúa— están empeñados en hacernos creer que todo va bien [...] Tenemos un presidente-robot que nos asegura que América siempre tuvo la cabeza alta y sin embargo no todo va bien. Va a ser necesario reflexionar mucho sobre el colosal fracaso del espionaje y del contraespionaje estadounidense, sobre la política exterior norteamericana, en particular respecto de Oriente Medio.

Por su parte, el académico, experto en geopolítica y estrategia sobre Estados Unidos, John Jay Fernández nos señala que lo ocurrido el martes negro del 11 de septiembre del 2001 “es la respuesta del nuevo siglo a una serie de barbaries cometidas por Washington a lo largo de los años, en que se presenció el uso continuo de una diplomacia de fuerza en Oriente Medio, América Latina, Asia y África, de un genocidio sin precedente que tarde o temprano tenía que tomar venganza”.¹⁰ Por último, el lingüista y politólogo norteamericano Noam Chomsky afirmó que “los terroristas están llevando a cabo atrocidades enormes en respuesta a las atrocidades reales de las cuales somos responsables”.¹¹ En este sentido, la sociedad norteamericana debe entender que

ésta es una de las razones por las cuales los ataques en Estados Unidos no han encontrado el oprobio y la descalificación universales que se les ha hecho creer que existen. La elección estratégica de objetivos —el centro financiero de Nueva York y el Pentágono— ha sido aplaudida no sólo por un puñado de fanáticos islámicos, sino también por una amplia mayoría de la opinión pública en África y Asia, así como por un considerable sector de la opinión europea.¹²

Ahora bien, lo real y verdaderamente sorprendente en torno al grave problema del terrorismo es que la comunidad internacional, a través de

¹⁰ “El neomacartismo, nueva estrategia de E.U.”. *Milenio Diario*, 23 de septiembre del 2001. p. 30

¹¹ *Milenio Diario*, 23 de septiembre del 2001, p. 30.

¹² Samir Amin, “La hegemonía de Estados Unidos y la respuesta al terror: injusticia infinita”, *ALAI, América Latina en movimiento*, 18 de Septiembre de 2001 (<http://www.MonthlyReviewOrg>)

la ONU, la OEA y la Comunidad Europea, siempre ha condenado a aquellos movimientos, grupos y naciones que luchan por la liberación, la independencia y soberanía nacionales, calificándolos como terroristas internacionales. Pero jamás han condenado al otro terrorismo: el terrorismo de Estado que ha puesto en práctica el gobierno norteamericano con las formas más diversas de guerra sucia, golpes de Estado y operaciones encubiertas bajo el supuesto de salvaguardar su seguridad y sus intereses nacionales. Esto no es un fenómeno nuevo, si recordamos la experiencia y la memoria histórica de América Latina y otras regiones geográficas del planeta, donde las agencias de inteligencia y contra-inteligencia norteamericanas han desarrollado un amplio abanico de prácticas y métodos terroristas para derrocar a los gobiernos contrarios a sus intereses. Parecería ser entonces una constante y práctica permanente de la política exterior norteamericana en los últimos cincuenta años. Tal y como fue revelado en su momento por el informe del Committee on Intelligence Activities del Senado Norteamericano de enero de 1976, donde se señalaba que "la CIA, el FBI y otras agencias de espionaje estadounidense se han dedicado sistemáticamente a la subversión, al terror, a la instigación a la violencia y derrocamiento de procesos nacionales dentro y fuera de Estados Unidos", con el propósito de sostener gobiernos afines a sus intereses. Los ejemplos abundan: Duvalier en Haití, Somoza en Nicaragua, Pinochet en Chile, las dictaduras militares en Sudamérica, la invasión a Panamá en 1989, Guatemala, El Salvador y toda Centroamérica, la guerra en Vietnam y Corea, Iraq, Libia, Cambodia, República Dominicana, Granada, Cuba etcétera.

En palabras de Adolfo Aguilar Zinser, quien se refirió a la política exterior norteamericana en Centroamérica cuando se llevó a cabo el bombardeo e intervención militar en Panamá en diciembre de 1989:

La invasión de Estados Unidos a Panamá es una experiencia ilustrativa de los patrones históricos de la política norteamericana en América Latina. La política norteamericana de defensa y promoción de la democracia en Centroamérica surge como una idea de misión, como un destino manifiesto que luego se hace justificación de la política norteamericana en todo el mundo. Por ello, se ha dicho ya con suficiente énfasis que para funcionar la política exterior de Estados Unidos necesita de un enemigo; si no lo tiene, lo inventa.¹³

¹³ Adolfo Aguilar Zinser, "El nuevo reto de Estados Unidos en Centroamérica", en Mónica Vereá y José Luis Barros Horcasitas, *La política exterior norteamericana hacia Centroamérica reflexiones y perspectivas*, México, CISEUA, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, FLACSO, 1991, pp 95 y 108-109

En efecto, la historia de las relaciones diplomáticas, políticas, económicas y socioculturales bilaterales o hemisféricas entre América Latina y Estados Unidos siempre se ha dado en un marco de desigualdad, injusticia e intolerancia. Las doctrinas y prácticas políticas de la diplomacia de fuerza y la política exterior norteamericanas hacia América Latina han significado y/o constituido, hasta ahora, elementos y factores de presión política, desestabilización social y explotación económica. Así, el destino manifiesto, la doctrina Monroe, la política del gran garrote, la diplomacia del dólar, la política del buen vecino, la doctrina de seguridad hemisférica, la alianza para el progreso, la asociación madura, la relación especial, la presencia discreta, la política de bajo perfil, la política de seguridad e interés nacional y la guerra de baja intensidad, no son más que expresiones y prácticas de una misma ideología y política exterior que, históricamente, ha ido adaptando Estados Unidos según las circunstancias históricas, según los momentos de crisis y coyuntura política, según las administraciones en turno a lo largo del desarrollo sociopolítico de América Latina.¹⁴

En suma,

el fin de la Guerra Fría trae, entre muchas otras consecuencias, un gran cambio en todo lo que es la ideología en la cual se sustenta la política de Estados Unidos hacia América Latina. El fin de la Guerra Fría significa el fin de la tesis de la amenaza soviética y/o comunista de América Latina hacia Estados Unidos —esa tesis fue el eje central y la razón de fondo de las políticas norteamericanas durante los últimos 40 años. Ahora bien, ¿con qué se llena el vacío ideológico que así se crea?, porque, al igual que la política, la ideología le tiene horror al vacío, no puede haber un vacío ideológico en la política de Estados Unidos hacia América Latina [...] Este vacío es llenado por el narcotráfico y por el problema migratorio. No concibo a Estados Unidos viviendo en el mundo actual todavía sin enemigo externo y como ya no puede ser el imperio del mal (*evil empire*) pues va a tener que ser el tugurio del mal (*evil slum*), que es básicamente América Latina y, en mayor medida, el Tercer Mundo en su conjunto.¹⁵

Todo parece indicar que hoy Norteamérica ya tiene un nuevo enemigo: el terrorismo internacional fundamentalista.

¹⁴ Sosa Fuentes, "La política exterior de Reagan hacia Centroamérica" [n. 8], p. 45

¹⁵ Jorge G. Castañeda, "La nueva ideología de la nueva intervención", en Verey y Barros Horcasitas, *La política exterior norteamericana hacia Centroamérica* [n. 13], pp. 425-428

4 ¿Adónde vamos?: barbarie o civilización

LA excelente crítica literaria y novelista francesa Viviane Forrester nos señala con peculiar agudeza que

todos los días asistimos al fiasco del ultraliberalismo. Todos los días, dicho sistema ideológico, cimentado sobre el dogma (o la fantasía) de una autorregulación de la economía llamada de mercado, demuestra su incapacidad para administrarse a sí mismo, para controlar lo que suscita, para dominar lo que desencadena. Hasta el punto que sus iniciativas, tan crueles para el conjunto de las poblaciones, acaban volviéndose contra él por unos efectos de bumerán, mientras que se revela impotente para restablecer un mínimo de orden dentro de lo que persiste en imponer. Pero, ¿cuál es una de las mejores cartas de este ultraliberalismo? La introducción de un término perverso, el de la “globalización”, que supuestamente define el estado del mundo, pero que oculta, en verdad, “englobando” en un término vago y reductor, sin significación real, al menos precisa, lo económico, lo político, lo social, lo cultural, que escamotea para sustituirlo y sustraer así esa amalgama tanto en el análisis como en las constataciones. El mundo real parece engullido, devorado por ese globo virtual dado, a su vez, en lugar de la realidad.¹⁶

En otras palabras, estamos viviendo “la primera crisis global de la nueva era, de la nueva civilización que deja atrás a la sociedad industrial [...] un cambio civilizatorio en donde la globalización fracasó, toda vez que ha sido aplicada de manera excluyente y ha provocado que 25% de la población del planeta concentre 75% de la riqueza mundial”.¹⁷

En efecto, una de las principales reflexiones sobre los trágicos y deleznales hechos del pasado 11 de septiembre en Estados Unidos por los ataques terroristas, es que la globalización de la economía, el comercio, la revolución de las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento y la política no ha sido capaz de dirigir la sociedad internacional hacia un proceso civilizatorio y cultural de desarrollo humano, equitativo, democrático y en un entorno de paz. Lejos de ello ha tenido lugar —con el fin de la Guerra Fría— la emergencia de liderazgos guerreros, de policías o *sheriffs* planetarios, de hegemonías absolutistas que manipulan, reducen y dividen al mundo entre la lucha del bien (Estados Unidos) contra el mal (el resto de la sociedad

¹⁶ Viviane Forrester. “Ultraliberalismo y globalización”. *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, año 2, tomo 2, núm. 59 (19 de marzo del 2000), p. 2

¹⁷ Felipe González, “Fracasa la globalización”. *Excelsior*, 29 de mayo del 2002, Primera Plana

internacional), ideología concentrada en la ya famosa frase “Están con Estados Unidos o con los Terroristas”.¹⁸ En fin, vivimos inmersos en una civilización que se pretende universal, única y supuestamente la mejor frente a las demás culturas. El imperio romano para encontrar su cohesión, su lógica, necesitó permanentemente encontrar un Satán y, entonces, la romanidad era la civilización, el resto del mundo era la barbarie. Para el presidente George W. Bush los atentados terroristas constituyen una declaración de guerra, pero en su discurso los considera un ataque al “mundo bueno”. Lo cierto es que una visión tan reduccionista del género humano —los buenos, los civilizados solamente están en territorio norteamericano y los malos, la barbarie están afuera— equivale a retroceder dos o tres mil años para situarnos en la era de la romanidad, pero ahora con un ejército de centuriones armados con la más avanzada tecnología virtual para matar.

En suma, el terrorismo no es sólo una cuestión de radicalismo o fundamentalismo religioso, militar o violento, sino una expresión de respuesta a las acciones de una diplomacia que históricamente busca imponer sus intereses al resto de la sociedad internacional. Si bien todos los fundamentalismos e integristas —ya sean islámicos o bien del mercado libre— son el mayor peligro del nuevo siglo XXI que amenaza a todas las civilizaciones, es tiempo entonces de pensar que combatir al terrorismo destruyendo y bombardeando campos de entrenamiento, guaridas y cuevas de terroristas, arrasando naciones y pueblos enteros y masacrando a miles de civiles inocentes, como ocurrió en Afganistán, no es el camino deseable. Ello sólo confirma que el *blowback* del pasado 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos se vincula, directa o indirectamente, con la cultura de la violencia mundial norteamericana ejecutada durante los 12 años de administraciones republicanas de Reagan y Bush representada en la fórmula de la cultura cinematográfica estadounidense: Rambo-Rocky-Reagan.¹⁹

En conclusión, hoy nadie desea una guerra de nueva lógica reduccionista; una guerra santa entre el Dios imperial de la tecnología globalizada más avanzada contra el Dios de la fe de un mundo de finido por la “pureza islámica”. Lo ocurrido en Nueva York y Washington el martes negro de septiembre del 2001 constituye, en efecto, un parte-

¹⁸ A esta tristemente célebre frase del presidente norteamericano George W. Bush, Noam Chomsky nos advierte que “ni siquiera los nazis se atrevieron en su momento a decir algo semejante”. *Cambio* (México), año 1, núm. 16 (23 al 29 de septiembre del 2001), p. 35.

¹⁹ Se ha considerado a esta época de administraciones republicanas en Estados Unidos como el inicio del gran proyecto ideológico-político del neoconservadurismo, basado en la teoría neoliberal y aplicado, posteriormente, a todo el planeta

aguas histórico; pero un parteaguas que derive necesariamente en un reordenamiento mundial con una óptica más humanista y tolerante; que derive en un nuevo diálogo pacífico entre las civilizaciones, y que ponga fin a los “satanes”. Un nuevo pacto global cultural y ético que permita respetar la dignidad y los derechos de los otros, donde la diversidad genere mínimos de convivencia entre las diferentes tradiciones y sin mesías de odio. De lo contrario, la combinación de políticas de identidades excluyentes con manifestaciones de violencia extrema significarían el fin de la Aldea Global y el nacimiento de la Aldea del Caos. La violencia terrorista como forma de vida, como forma de relación con los semejantes, como espectáculo, como cultura y sustituto de la política debe ser enfrentada y rechazada pero no con una mayor dosis de violencia, sino con la creación de una nueva legalidad internacional, más humana, más democrática y más justa, que responda a la nueva realidad mundial y que termine con los odios fundamentalistas, con las venganzas de las “democracias occidentales”, con la intolerancia hacia los diferentes y los iguales y, sobre todo, con las enormes y profundas desigualdades económicas y sociales que prevalecen en las relaciones internacionales. Por ello resulta

irracional e irresponsable proseguir con una diplomacia —norteamericana— que usa el terror de Estado de manera frecuente, generando miles o millones de víctimas y por lo tanto cosechando enemigos por doquier. Más aún, en la era del armamento balístico intercontinental y de los dispositivos termonucleares y bioquímicos de destrucción masiva, la globalización del *blowback* se presenta como una de las más serias amenazas a la seguridad y estabilidad y sobrevivencia de la humanidad.²⁰

Sin embargo, si se elige la continuación de una diplomacia de fuerza

sólo puede llevar a la expansión de un nuevo McCarthismo dentro de la sociedad estadounidense, al tiempo que da rienda suelta a la satanización de cualquier oposición a los dictados del capital dominante, en nombre de la seguridad nacional y de la guerra contra el terrorismo. No hay posibilidad alguna de que exista un frente unido contra el terrorismo. Sólo el desarrollo de un frente unido contra la injusticia internacional y social puede servir para volver inútiles esos actos desesperados de las víctimas del sistema, y, por lo tanto, lograr que en el futuro de éstos ya no sean posibles.²¹

²⁰ Saxe-Fernández, “El terrorismo de Estado y terrorismo internacional” [n. 9], p. 77

²¹ Amin, “La hegemonía de Estados Unidos y la respuesta al terror” [n. 12]

De lo contrario, a la arrogante y prepotente “justicia infinita” corresponderá una resistencia infinita. Y a operaciones de “libertad perdurable” corresponderán más acciones de resistencia perdurable.

Hoy se impone crear una nueva ética civilizatoria y responsabilidad social mundial para oponer a la injusticia, frustración y desesperanza que ha generado los odios y el terrorismo de los excluidos. Un nuevo orden político mundial sin exclusión y de respeto a la diversidad social, espiritual, cultural y filosófica. un nuevo orden mundial con equidad y tolerancia y donde los Estados nacionales redimensionen y reinventen su papel y su soberanía; en suma, un nuevo orden mundial enfocado a partir de un bien común planetario en donde la participación activa y crítica de la sociedad civil mundial sea uno de los principales protagonistas. Otro mundo es posible, necesario y urgente.